

Juan Carlos Méndez Guédez

Narrativa vinculada al sentimiento

Entre sus obras:

Historias del edificio (1994), *La resurrección de Scheerezade* (1994), *Retrato de Abel con isla volcánica al fondo* (1997), *El libro de Esther* (1999), *Palabras de agosto* (1999), *Árbol de luna* (2000), *La ciudad de arena* (2000), *Tan nítido en el recuerdo* (2001).



Poética de su escritura

Juan Carlos Méndez Guédez es un narrador joven, con una visión clara de su poética, de sus búsquedas en la literatura: “Ahora mismo me interesa escribir una narrativa vinculada a la sentimentalidad. Hurgar, palpar, en los aspectos más obvios del ámbito afectivo de las personas. Un poco insistir en ese lado lunar que todos tenemos: ese espacio de lo receptivo, de lo profundo; esquivando esos personajes heroicos y rígidos de buena parte de la narrativa hispanoamericana”.

En su panorama como escritor destacan los sentimientos. Quiere divertirse y conmoverse en su escritura, y compartir esta experiencia con los lectores. “Se trata de intentar un trabajo en el que la inteligencia, la risa, la crueldad y el afecto, expliquen o reseñen la historia menuda de personajes comunes, de esa gente que compra el pan al regresar del trabajo, o que un día debe tomar un avión o un barco para emigrar, o que se enamora en una fiesta mientras se bebe un refresco, o que conoce la felicidad de reencontrarse con un amigo y de darle un abrazo. Personajes a los que me gusta situar dentro de ciertos fragores históricos que han signado mi vida en Venezuela (la masacre del 89; los golpes de estado del 92; el ascenso militarista en el 98); porque me impresiona mucho esa manera en que la Historia con mayúsculas pasa por detrás de nosotros mientras estamos pensando en tomarnos un café con leche, o comprar un kilo de tomates”.

De todas estas ideas, Méndez Guédez concluye que su intención como narrador es generar conocimiento sobre la realidad: “un conocimiento parpadeante, inasible, sobre las realidades más obvias, más ramplonas, más inmediatas, porque ésas son las que más configuran nuestra existencia y a las que menos atención les prestamos”.

Influencias

En el repaso a las experiencias, a las lecturas y sensaciones que están presentes en sus trabajos, el autor se remonta necesariamente a su infancia, a Mark Twain. Lo confiesa. Leyó *Las aventuras de Tom Sawyer* unas veinte veces, y *Las aventuras de Huckleberry Finn* unas doce. Le apasionaba —según recuerda— ese aire fresco de sus historias, ese encantamiento de lo sencillo, esa profundidad de lo espontáneo.

De las lecturas infantiles, este narrador salta en el tiempo y ubica a José Balza: “Un escritor de una inteligencia avasallante, de una prosa espectacular, que ha escrito algunas de las mejores novelas que he leído: *Percusión* o *Setecientas palmeras plantadas en el mismo lugar*. Obras en las que la narrativa indaga en las capas más profundas de lo arquetipal, y en las que se realizan unas virtuosas manipulaciones de los ejes espacio temporales del relato”.

Continuando con estos “bruscos saltos” —como él los llama— se encuentra en la memoria con Alejandro Dumas: “Todavía me emocio con *El Conde de Montecristo*. Igual me ocurre con Teresa de la Parra y su *Ifigenia*: hay allí una escritura llena de sabor, de gracia, de lucidez. Y unos libros que releo cada año son *El Lazarillo de Tormes*; o *El Buscón* de Quevedo”.

A esas influencias se suma la novelística de Vargas Llosa, autor que considera “técnicamente impecable, del que uno puede aprender muchísimas cosas”. En su recuento se incluye la obra de canarios como Arozarena o Isaac de Vega, novelistas que —explica— procuran un acercamiento a lo simbólico y a lo mítico; también Francisco Massiani cuyo libro *Piedra de Mar* lo convenció de que toda pequeña historia puede ser magistralmente contada. Recuerda además a Bryce Echenique, con cuyas novelas aprendió ciertas formas de la risa y de la ternura... “digo aprendí y lo justo sería usar el verbo en presente, porque con muchas de sus novelas aprendo no sólo modos de la escritura, sino formas de la existencia, de la solidaridad, del afecto”.

En su amalgama de influencias, que se vuelven afectos atesorados, el autor destaca también la poesía: “Un narrador debe tener influencias poéticas o de él no podrá decirse que escribe literatura sino que redacta historias. Pienso (y sólo estoy hablando de autores que han

alimentado mi escritura) en Omar Jayyam; en Eliot; en José Emilio Pacheco; en Valera Mora; en Eugenio Montejo, y en Juan Calzadilla. Cada uno de ellos ha creado universos que se han extendido a mi propia narrativa, a mi propia mirada y a mis propias obsesiones personales y literarias (obsesiones que algunas veces se confunden)".

Méndez Guédez no puede olvidar esas otras influencias que vienen de la oralidad. Cuenta que creció en una familia que gusta del pequeño relato, de la anécdota, de la gracia en el contar. "Una de mis primas (que falleció recientemente y me ha dejado muy huérfano de ella misma y de sus historias) poseía una capacidad innata para la pequeña invención, para la mirada humorística. También algunos de mis tíos son grandes fabuladores y tienen una imaginación muy natural, que logra fundir lo que se inventan con aquello que les acontece". En todo esto encuentra el autor la raíz de su pasión por el contar, porque el cuento —afirma— es un perfeccionamiento del vivir.

La narrativa venezolana contemporánea

La percepción de este escritor sobre la narrativa contemporánea en Venezuela es optimista: atraviesa un momento prometedor —dice— porque los narradores de este principio de siglo se han liberado de complejos y han decidido encarar su trabajo con profesionalidad, con rigor, con rabiosa terquedad.

"Ya el mito de que todos los caminos de nuestra narrativa se iniciaban y concluían en los años sesenta ha sido disipado por muchos de estos autores que escriben con un riguroso equilibrio entre su inteligencia y su sensorialidad, autores que comienzan a proyectar su trabajo más allá de las estrechas fronteras del país". Para ejemplificar esta apertura de caminos, el autor considera, por ejemplo, el caso de Rubi Guerra, quien va a publicar en México una selección de cuentos. Slavko Zupcic va a ser traducido al italiano, y fue finalista del Premio Herralde en España. Juan Carlos Chirinos fue finalista del Premio Lengua de Trapo en Madrid. Alberto Barrera Tyszka acaba de publicar su novela *También el corazón es un descuido*, en México. Boris Izaguirre ha vendido en España 20 mil ejemplares de *Azul Petróleo*.

"La narrativa venezolana contemporánea no se está escribiendo en los bares, tampoco está pensada para aparecer en las listas interminables de los manuales de literatura o de las antologías parroquiales. Es una narrativa sostenida en una pluralidad de propuestas que van desde la dureza del relato urbano que puedes encontrar en Israel Centeno o José Roberto Duque; hasta la indagación en el universo femenino que encuentras en Silda Cordoliani; hasta la escritura inclasificable

y brillante de Juan Calzadilla Arreaza; o hasta ese tono “menor” que con rigurosidad y resultados notables lleva adelante López Ortega”.

Con esto, Méndez Guédez corrobora el paso de autores que ya han caminado, voces conocidas, pero está consciente de que están irrumpiendo otras. Como ejemplo menciona a una escritora con una prosa que en su juicio es “inteligente, fresca”. Se llama Lena Yau, todavía está inédita, pero cree que hay mucho que esperar de ella.

La clave de esta narrativa en plena expansión —explica— es que se reconoce como parte de un todo que es el idioma castellano. “Frente a ese provincianismo depresivo que enferma a algunas personas del medio literario, personas que murmuraban y murmuraban letanías patéticas: “los escritores que nacen entre Maracaibo y el Delta están condenados a no existir”; o “los escritores venezolanos reniegan de su geografía”, se está construyendo una narrativa ambiciosa, desmesurada, irreverente; una narrativa que se siente tan cercana a Borges como a Julio Garmendia; tan próxima a Julio Ramón Ribeyro como a Pocaterra. Una narrativa sin pasaporte que busca nuevas miradas, nuevas formas de la sabiduría y del goce”.

Aunque positiva, su visión no descarta los riesgos, los problemas: “se trata de una narrativa que todavía no alcanza los lectores que merece; una narrativa que apunta hacia un mundo editorial yaciente, agónico, y que se encuentra luchando sola contra el mundo, pues la crítica, la gerencia cultural y el periodismo literario venezolano la acompañan con timidez (supongo que para algunos es más sencillo repetir lo que dice un empresario del libro en Cataluña que asomar una idea propia)”.

La valoración de este autor, se acompaña de un exhorto para que se superen esas trabas, que atrapan a veces a las letras venezolanas. En su opinión, “la solución a este problema la dio hace muchos años Blanco Fombona cuando afirmaba que debíamos trabajar pensando en los millones de lectores hispanohablantes que hay en el mundo”.

Narrar en estos tiempos

La visión del tiempo que le ha tocado vivir a Juan Carlos Méndez Guédez, lo lleva a reflexionar sobre las expectativas que los seres humanos siguieron durante la última década, esperando el cambio de un siglo, de una época. Como narrador, él ha continuado su trabajo, sin sobresaltos: “Lo único que puedo acotar es que el hombre depositó el peso de sus sueños futuros en el año 2000. Era una fecha con una carga mágica que desapareció al hacerse real. Quizás lo único que podamos hacer los escritores es inventar un nuevo futuro”.

Qué hacer por la paz

Como escritor, en esta época de violencia, Juan Carlos Méndez Guédez evalúa las posibilidades de trabajar en un espíritu de paz, pero para este fin, no se excluye del común de los seres que habitan este mundo. “Los narradores —dice— no tenemos ningún papel especial. Tenemos el mismo papel que cualquier otro ciudadano. Un dentista, una psiquiatra, un jugador de baloncesto, una profesora de biología, y un escritor, son ciudadanos y eso les otorga derechos y les exige ciertos deberes. Cada quien los asume como su conciencia se lo sugiera, pero pienso que un ciudadano es aquel que apuesta por la convivencia, por el respeto a los otros y por su propia felicidad. Yo escribo porque es mi manera de relacionarme con los otros, escribo respetando a los que me rodean, pero escribo fundamentalmente para ser feliz”.